

POÉTICA DEL ESCRITOR PERUANO CRONWELL JARA: LINEAMIENTOS Y ENTREVISTA

Jesús Miguel Delgado Del Águila*

Cronwell Jorge Jara Jiménez nació el 26 de julio de 1949 en Piura (Perú). Seis años después, migra a la capital. Obtiene su licenciatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con su tesis *Propuesta metodológica para la escritura de cuentos para niños. Manual y método* (1983). Ese mismo año participa en el “Encuentro de Jóvenes Artistas Latinoamericanos”, organizado por la Casa de las Américas, institución donde se desempeñaría como jurado de novela en 1991. Se especializó en guiones de telenovelas, participó en coloquios internacionales y corrigió guiones nacionales de cine.

Ha publicado cuentos, novelas, ensayos y poemas. Cronológicamente, estos son “Hueso duro” (1980), *Montacerdos* (1981), *Las huellas del puma* (1986), *El asno voló a la luna* (1986), *Patíbulo para un caballo* (1989), *Montacerdos y otros cuentos* (1990), *Barranzuela: un rey africano en el Paititi* (1990), *Don Rómulo Ramírez: cazador de cóndores* (1990), *Colina de los helechos* (1992), *Agnus Dei* (1994), *Las ranas embajadoras de la lluvia: cuatro aproximaciones a la Isla Taquile* (2003), *Arte de cazar dragones: manual y método para escribir cuentos para niños de todas las edades* (2003), *Babá Osaím: cimarrón* (2003), *Fraicico: el esclavo sobre el toro ensillado* (2004), *Cabeza de Nube y las trampas del destierro* (2006), *Esopo: esclavo de la fábula* (2006), *Manifiesto del ocio* (2007), *Ruperto: el torito saxofonista* (2009).

Ha obtenido múltiples distinciones. Entre estas, se encuentran la del Premio Copé de Cuento (1985), por su relato “La fuga de Agamenón Castro” y, recientemente, el Premio Casa de la Literatura Peruana (2019). Constantemente, dirige talleres de narración. Tuve la oportunidad de recibir una invitación de Petroperú para escuchar cuatro sesiones de su taller que se tituló “Las cinco técnicas para finalizar un cuento”. En su última clase (26 de septiembre del 2009), describió el perfil de quien se inicia en la creación literaria, con sus recomendaciones personales:

Cuando uno asume que como escritor es un ganador, le salen disparates. Ahora, uno debe tratar de mantener el éxito obtenido de sus anteriores obras. En todo caso, debe escribir su cuento o su novela como si fuera la primera vez que lo hiciera: con los nervios y las inseguridades característicos. La historia va a ser nueva. Uno no debe estar convencido de que conseguirá el éxito, así haya ganado

* Candidato a doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (tarmangani2088@outlook.com). Investigador Concytec con intereses en la narrativa, la teoría literaria, el cine y el ensayo.

premios. Caso contrario, uno está perdido. El único esfuerzo está en la creación del presente. Por ejemplo, mi libro *El arte de escribir cuentos*, que lo publicaré en cualquier momento, lo reviso con permanencia. Sentiré satisfacción con tan solo verlo impreso cuando lo termine. Ese es mi mejor premio: su publicación. Tengo fe y confianza en eso. No me proyecto a más. Me interesa mi mejoría personal y mi dedicación a la obra (Jara 2009).

Una vez finiquitado el taller, tuve la oportunidad de contactarme con el escritor Cronwell Jara. La necesidad se acarreo por el curso de Literatura, “Taller Editorial I”, a cargo del docente Mauro Mamani Macedo, que llevaba en el ciclo 2009-II de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Como trabajo final, debía presentar en grupo la simulación de una revista, que iba a tener como título *Nuevo Horizonte*, con todos sus componentes; entre ellos, surgió la idea de una entrevista a una personalidad destacable. Los integrantes fueron Eduardo Agapito, Julio Buitrón, Manuel Navarrete, Cristhian Briceño, Javier Aco y yo. Sin embargo, fui el responsable de esta labor que mejoró su totalidad con consideración. El encuentro fue el lunes 26 de octubre del 2009 en el Centro de Cultura de la Universidad Nacional Federico Villarreal.



Fotografía cedida por Cronwell Jorge Jara Jiménez.

Jesús Miguel Delgado Del Aguila (JMDDA): ¿Cuáles fueron los autores, los críticos y las lecturas que lo formaron como escritor?

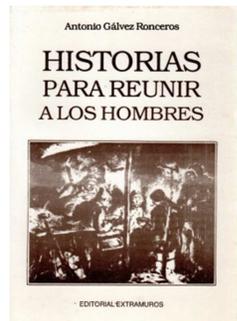
Cronwell Jara (CJ): Los autores que me han ayudado para mi formación son muchos. En primer lugar, me sirvió bastante llegar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Me fue muy provechoso estudiar Literatura y tener excelentes profesores en esa institución. Todo el ambiente era propicio y favorable; en especial, los talleres de narrativa, que llevé con José Antonio Bravo y

Antonio Gálvez Ronceros, y los extraordinarios de poesía, con Marco Martos e Hildebrando Pérez. Con ellos, logré sintonizarme y sentirme en permanente ebullición. Me provocaron ir a investigar a los poetas que tanto se mencionaban o a los narradores. También, me sirvieron otros cursos que llevé con ellos. Recuerdo un seminario con gran placer, que trataba sobre César Vallejo, su obra poética; *Trilce*, en especial. Éramos como doce alumnos inscritos, aunque nunca asistieron. Me pareció extraño. Ante eso, Marco Martos llegó a comentar: “No hay codo. Nos retiramos. Pero qué problema, porque yo me he preparado mucho para llegar a exponer en este seminario”. Yo le contesté: “Pero estoy aquí». Él me preguntó: “¿Y tú deseas estar en este taller?”. Le repliqué: “Por supuesto. Yo quisiera escuchar estas clases”. Y fui su único alumno en ese seminario. Pero créeme que aprendí barbaridades, porque Marco Martos hablaba a un público que parecía de ochenta, noventa, y estaba yo solo nomás. Personalmente, lo disfruté y desde aquí le agradezco. Me estimuló muchísimo en la poesía y la creación en general. Ahora y nunca, hice diferencias entre poesía, cuento o novela. Para

mí, es la escritura, el fervor por ella, su efervescencia, la locura por crear. Si de casualidad hago poemas, no tengo problemas; lo mismo con el cuento. Aunque con la narrativa se debe planificar. El poema es más ímpetu, locura que se desprende con una emoción, un sentimiento y un tema que abrumba y hace que te liberes. Ahora, lecturas favoritas de esa época siempre fueron de José María Arguedas, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad* (1967). También, considero a Italo Calvino y las poesías del Siglo de Oro español, sobre todo, las de Francisco de Quevedo, así como a François Villon, Arthur Rimbaud, el Conde de Lautréamont, Charles Baudelaire, al igual que la poesía japonesa, el tanka o el renga, los haikus de Matsúo Basho y Kobayashi Issa, junto con la poesía china. Nunca llevé clases de poesía oriental. Investigué por mi propia cuenta. Con mucho placer, descubrí técnicas que después apliqué en el cuento. La poesía misma me es útil hasta ahora. Eso es siempre un agradecimiento por todo lo que significa la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y los amigos que tuve en ese momento.

JMDDA: Algunos escritores se valen de la música, la soledad o un estado anímico particular para poder escribir. En su caso, ¿cuáles son esos elementos que le permiten crear y cómo influyen en su resultado?

CJ: Lo integro en mis talleres. Me es muy útil recordármelo siempre. De allí, descubro que todos los narradores tienen un “antes de...” enfrentarse a la computadora o la máquina de escribir. Y esa peculiaridad implica resolver varios asuntos y manías. Yo también los tengo, como cualquiera. Por ejemplo, Julio Ramón Ribeyro me contó que cuando escribía debía tener un par de botellas de vino. Al rato, me expresaba: “Además, necesito cajetillas de cigarros: una, dos, tres. Y, a veces, ni fumo ni tomo tanto. Inmediatamente, me motivo con la escritura”. Lo mismo pasa con Antonio Gálvez Ronceros: requiere de las piedrecitas del río. Una vez me confesó: “Necesito tocarlas y acariciarlas. De ahí, escucho la voz de mis abuelos, y me salen los cuentos”. Entonces, eso lo tienen todos los escritores de algún modo. Cuando estuve en la Casa de Las Américas (La Habana) y fui invitado a la residencia de Alejo Carpentier, me cercioré de que él también poseía sus manías: no podía escribir si no sujetaba a un robot de cuerda, al que le faltaba un zapaquito de lata. Me acuerdo de eso. Además, tenía un carrito, sin una ruedita de lata. Sus juguetes. De curiosidad, le pregunté a Lilia Esteba: “Señora, ¿por qué esos juguetes?”. Ella me mira con sus ojos violeta, y me replica: “Es que él los necesita para encontrar el recuerdo. Se lo provoca. De ahí, parte con energía, toma fuerzas y escribe”. Todo eso me pasa a mí. Soy tan humano como cualquiera. A veces, necesito una cesta de frutas. Me gustan mucho las frutas aromosas: las manzanas, los duraznos, etc. Ni las como, pero las conservo allí. Ese olor me estimula bárbaramente a la escritura. Por ejemplo, cuando hice *Las huellas del puma* (1986), coloqué aromas, colores, fragancias, que los extraje de las frutas, que son parte de la tierra de Morropón (Piura). Con ello, voy creando escenarios para mis cuentos. También, recurro a la música. Me gusta mucho la del



guitarrista peruano García Zárate. La oigo antes de escribir. Para el caso de *Patíbulo para un caballo* (1989), este compositor fue indispensable para la construcción de todos sus capítulos, durante cinco años de hacer, corregir, volver a corregir, reconstruir la novela una vez, dos, tres, hasta que quedó como está. Todo fue con ayuda de este músico y no de otro. Después de eso, he escuchado la música de los italianos Tomaso Albinoni y Antonio Vivaldi, con “Las cuatro estaciones”. Efectivamente, escucho mucha música antes de escribir. Cuando siento que ya estoy sintonizado con la escritura, la apago, porque ya la tengo en las palabras y busco transmitirla en el cuento. Cuando estoy corrigiéndolo, me percató de que es más un poema, por su condición poética. Es difícil escribir sin estímulos. Busco la sinrazón de esa historia: lo que le proporcione interés, entonación, armonía, eufonía, sorpresa, no solo en el desenlace, sino en cada línea, párrafo, instante, hasta que acabe el cuento, como una explosión.

JMDDA: Considerando su experiencia como escritor, profesor y jurado de concursos de narración, se tiende a ver una ausencia de innovación en la creación literaria actual. ¿Cómo percibe este problema?

CJ: Está de moda crear cuentos, que retoman la violencia senderista, ese entorno. Esas guerrillas que hubo en el país hace unos años. En ese sentido, quien no escribe sobre esa temática no es tomado en cuenta. No obstante, como contraparte, se publicaron obras que más se vincularon con lo meramente intelectual. No te voy a mencionar novelas. Me costó, cuando yo lo dije eso alguna vez en mi última entrevista en el diario *El Comercio*. Parece que al entrevistador no le gustó, porque él subyacía a ese lineamiento. Le comuniqué que lo intelectual en la novela es perjudicial, porque lo que debe primar en toda obra de arte es el sentido dramático de lo que se enuncie. Con el poeta César Vallejo, se encuentra el drama, al igual que con Pablo Neruda. No te voy a referirme a François Villon o el Conde de Lautréamont. Te menciono a los máximos exponentes. En ellos, me baso y me sostengo, para creer que el cuento o la novela siempre será efervescencia dramática. Ante eso, debo rectificar mi drama de alguna u otra forma, el que vivo ahora. Así, todo es novedoso. Lima cambia: se transforma a diario. Es un monstruo que tiene millones de caras y en la medida que tú lo comuniques dramáticamente, esa será tu forma de expresión, tu cosmovisión de la vida. Entonces, no recorro ni me enfoco en lo académico ni lo culto. Lo que importa es que mis personajes tengan sus propios problemas vitales, que los aturda, como ocurre en *Patíbulo para un caballo* (1989), *Montacerdos* (1981), “Hueso duro” (1980), *Cabeza de Nube y las trampas del destierro* (2006) y *Esopo, esclavo de la fábula* (2006). Todo es terriblemente dramático, pero jamás pierdo el tono, el lado poético. Estoy por hacer unos cuentos y unas novelas. Siempre el drama estará imbuido. Los personajes poseen sus propias ideas. Imagina el caso de mi novela que haré sobre la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Habrá ideas intelectuales. Es diferente. Detrás de ellos, está un drama tremendo



para sobrevivir en el planeta. Eso es lo que debe primar en un cuento, una novela, una obra de arte, sin importar cuál fuera.

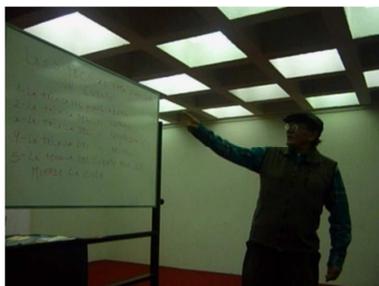
JMDDA: En este periodo, ¿es factible encontrar un tratamiento auténtico en la creación literaria? ¿Una reforma poética es posible?

CJ: Todo es posible que se regenere. Todo está en ebullición y cambio permanente. La Lima de hace dos días no es la de hoy: transmuta, al igual que las personas. Aparecen problemas a través de la televisión. Informan. Nada es estático. Todo dependerá de la percepción, la observación, la curiosidad, el escritor y el artista que se consideren. Por eso, siempre habrá enfoques intratables y que serán originales. Es cuestión de apreciar e involucrarse en el asunto. Por ejemplo, no puedo revelarte lo que estoy haciendo en mis cuentos, los inéditos, pero sí que mantengo la misma línea que la de los anteriores. Ahora, soy más consciente del sentido dramático que debe afrontar cada relato en torno a su tono poético. Y trato de hacerlo lo mejor posible. Pero dependerá de la mirada de cada autor. No voy a brindarles mis temas. Ellos tienen los suyos o, en todo caso, los buscarán e investigarán. Yo hago e investigo lo mío. Eso me permite que sepa qué decir. Eso lo he demostrado en la poesía: en *Manifiesto del ocio* (2007). Allí se abordan cantidades de temas que otros no han tomado en cuenta, igual sucede con el cuento. Me faltan muchos por desarrollar. Últimamente, no he podido publicar porque me estoy dedicando a la redacción de mi libro *Arte de escribir cuentos*, que es un complemento de *Arte de cazar dragones; manual y método para escribir cuentos para niños de todas las edades* (2003). Este último compendio es más complejo, vasto y profundo, que logré con mi esfuerzo y mis posibilidades. Creo que será muy valioso para los jóvenes que aspiran a escribir cuentos, novelas y poesías, porque remito a estos géneros, aunque me enfoco más en el cuento. Sin embargo, no es una limitación: es de carácter universal, incluso, se orienta a la cultura y la música. Por otro lado, considero que una novela tiene estos relatos incorporados. Me he percatado de eso en una de mis novelas que estoy escribiendo. Percibo que se trata de un gran cuento. Eso me pasa con *Arte de escribir cuentos*. Se compone de múltiples cuentos, con más de cuatrocientas páginas.

JMDDA: ¿Cómo le ha sido de utilidad el hecho de contar con vastos estudios literarios en sus relaciones sociales?

CJ: Uno siempre está leyendo. Soy jurado: leo novelas y cuentos que se hacen en los talleres de Petroperú, colegios, escuelas y en mi taller particular. Me enorgullece decir que uno de mis alumnos, Pedro Ugarte Valdivia, ganó el Premio Copé Internacional de Cuento. En los talleres, se exponían varios temas. Él aprovechó eso. Es suerte, aunque también sirve la calidad. Siempre he creído eso. Uno debe tener mucha suerte para ganar premios. No basta la calidad. Uno puede ser el mejor escritor del mundo ahora, pero sin suerte, como no la tuvo Vallejo, no será considerado para la posteridad. Tendrán que transcurrir los años para que eso se compruebe. En ese sentido, ahí está el entorno. Todo está listo para transferirlo en este ambiente social, en la historia y el paisaje de lo diverso, para ver qué se extrae. Nunca

faltarán los temas: hay cientos, miles, millones. ¿Cuántas personas somos? Por eso, ¿cuántos millones de temas existen? En cada una, hay bastantes. Es cuestión de conversar con las personas y con uno mismo. Ser muy respetuoso con los demás. Luego, se verá qué aparece en la escritura. Nunca han faltado los temas. Yo siempre estoy motivado, inspirado, para introducirme en la escritura. Ese es mi temperamento. Y si no escribo, entonces, como diría Ray Bradbury: “Si no escribo, estoy muerto”. Seguiré haciéndolo para no morir.



Fotografía cedida por Cronwell Jorge Jara Jiménez.

A MODO DE CIERRE

Al finalizar la entrevista (Delgado Del Aguila y Jara 2009), el escritor me contó algunas anécdotas, como la de haber sido recibido en Cuzco de manera acogedora, pero también con una amenaza de por medio al privársele de partir, para quedarse obligatoriamente a despedir a la multitud de personas que asistió a su taller y que quedó

complacida. Estuvo muchas horas obligado a saludar a todas ellas, además de tomarse fotos en su compañía, brindar, comer, entre otras actividades.

De no actuar de ese modo, tenía el riesgo de ser agredido por su descortesía.

Con este encuentro, me interesaron las respuestas ante las inquietudes que yo también tenía sobre el oficio del escritor. Para lograrlo, partí de la génesis del asunto: las influencias, los autores, las técnicas narrativas, la cosmovisión y la utilidad de la literatura en su vida. Cronwell Jara contestó con agrado todas las interrogantes, a las que incluyó anécdotas afines; es más, se tomó un tiempo para confrontar con sus propias creaciones literarias. Antes de despedirme, hizo referencia a su familia, que no se encontraba en ese momento en la capital y que la visitaría en el transcurso de la semana, pese a que se exoneraba de trabajos que le ofrecían en otras instituciones. Cronwell Jara es una personalidad que siempre estará ocupada, tendrá un salario asegurado y muchos conocimientos para ofrecer a la humanidad con mucho ímpetu.

Obras citadas

Delgado Del Aguila, Jesús Miguel y Cronwell Jara. “Entrevista.” Lima: Centro Cultural, Universidad Nacional Federico Villarreal, 26 de noviembre de 2009 <<https://youtu.be/MT6ftPbyD1g>>.

Jara, Cronwell. “Última sesión.” *Taller: Las cinco técnicas para finalizar un cuento*. Lima: Petroperú, 26 de octubre de 2009 <<https://youtu.be/MT6ftPbyD1g>>.